PROTOHISTORIA DE ESPAÑA

COLECCIÓN · HISTORIA

Diego de la Llave García

Protohistoria de España

Del megalitismo a la Hispania romana



ERASMUS

COLECCIÓN · HISTORIA

ERASMUS EDICIONES

Primera edición: octubre de 2026
© Diego de la Llave García, 2026
© de esta edición: Editorial Almuzara S.L., 2026
Dirección editorial: Gerai Puig
Diseño de cubierta: Antonio F. López
Maquetación: Antonio F. López
Imprime y encuaderna: Gráficas La Paz
www.erasmuslibros.com www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com info@almuzaralibros.com
Derechos exclusivos internacionales en lengua española: Editorial Almuzara, S. L.
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4 C/8, Nave 12, nº 3.
14005 - Córdoba
ISBN: 979-13-88395-13-0
Depósito legal: CO-1879-2026
Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Hecho e impreso en España Made and printed in Spain

ÍNDICE

Introducción: ¿Una etnogénesis?..... 9
1 Amanece en poniente..... 13
2 La expansión megalítica y el mundo simbólico del Atlántico 29
3 Bronce y élites.....37
4 Los señores de las estepas..... 51
5 Cataclismo..... 67
6 Tartessos y el despertar del Occidente mediterráneo.....85
7 Los íberos: el mundo mediterráneo de Iberia 103
8 Los celtíberos: la fusión de dos mundos 125
9 Los pueblos indoeuropeos del occidente peninsular 141
10 La conquista romana y la síntesis de Hispania 161
Epílogo. Memoria, mito y continuidad:
la larga sombra de la etnogénesis..... 175
Bibliografía.....179

Introducción:

¿UNA ETNOGÉNESIS?

La pregunta por los orígenes más remotos ha acompañado siempre a los grupos humanos. En el caso de España, esta cuestión ha sido formulada de múltiples maneras a lo largo de su historia: ¿quiénes fueron los primeros en habitar la piel de toro?, ¿de dónde proceden los pueblos que la dominaron en la Antigüedad?, ¿existe una continuidad entre aquellas comunidades remotas y las realidades históricas ulteriores, incluidos los españoles de hoy? No obstante, estas preguntas, aparentemente simples a primera vista, esconden una complejidad considerable. Lejos de admitir respuestas unívocas, nos remiten a procesos largos, fragmentarios en su conocimiento y, en muchos aspectos, aún abiertos a la interpretación.

La presente obra parte de una premisa fundamental: no existe un origen único de la España antigua, sino un proceso de formación, una etnogénesis, que se desarrolla a lo largo de milenios, pero que prácticamente se ve frenada aún en lo que la historiografía convencional llama «historia antigua», hasta nuestros días. La península ibérica no es el resultado de una sola cultura, ni de una única migración, sino de la interacción continuada entre distintos pueblos, tradiciones y formas de vida que, durante toda la Edad Antigua —e, incluso, después, pero con una naturaleza más cultural—, fueron configurando una realidad histórica, diversa y dinámica, pero a la vez con muchísimos puntos de semejanza.

Desde esta perspectiva, el análisis de la Antigüedad hispánica requiere superar tanto las visiones esencialistas que buscan una identidad fija e inmutable como las interpretaciones excesivamente fragmentarias, que disuelven cualquier posibilidad de continui-

dad y confunden transformación cultural con sustitución poblacional a gran escala. Entre ambos extremos, existe una alternativa que, a partir del presente trabajo, y con una intencionalidad de amplitud de mensaje, propone una lectura atenta a los procesos de larga duración sin perder de vista las transformaciones concretas que en cada periodo se producen.

En este marco interpretativo, se plantea la existencia de dos grandes corrientes históricas cuya interacción resulta clave para comprender la evolución de nuestra península. Por un lado, un sustrato atlántico, vinculado a las culturas megalíticas y a las sociedades del Occidente europeo, caracterizado por formas de organización profundamente enraizadas en el territorio, por una economía adaptada a su entorno y por un universo simbólico-religioso que encuentra expresión en monumentos, paisajes y tradiciones de larga data. Por otro, las aportaciones indoeuropeas provenientes de las estepas euroasiáticas, que a partir de la Edad del Bronce introducen cambios significativos en ámbitos como la lengua, la estructura social o las formas de organización política.

Lejos de constituir realidades opuestas, estas corrientes deben entenderse como elementos en interacción constante, y que finalmente confluirán. Las influencias indoeuropeas no sustituyen sin más al sustrato previo, como muchas veces se nos ha hecho creer, sino que se integran en él, para generar nuevas realidades culturales. Este proceso de fusión y adaptación es el que da lugar a la diversidad de pueblos que encontramos en España durante la Edad del Hierro: íberos, celtíberos, lusitanos, vetones, galaicos y otros grupos que, aun compartiendo ciertos rasgos, presentan diferencias significativas.

En este contexto, la referencia a la Atlántida, que atraviesa de manera transversal esta obra, requiere una aclaración metodológica. Lejos de plantearse como una afirmación literal sobre la existencia de una civilización desaparecida en los términos descritos por las fuentes platónicas, la Atlántida se utiliza aquí como una categoría interpretativa. Representa, en cierto sentido, la memoria de un mundo antiguo asociado al ámbito atlántico, a

las sociedades que preceden a las grandes transformaciones de la Protohistoria, y cuya huella puede rastrearse tanto en el registro arqueológico como en determinadas tradiciones culturales.

Este uso del concepto permite articular una reflexión sobre la continuidad y la transformación sin caer en reduccionismos. La Atlántida, entendida de este modo, no es un lugar concreto, sino una forma de nombrar un conjunto de realidades históricas que, aunque difíciles de delimitar con precisión, desempeñaron un papel fundamental en la configuración de la península, y que fácilmente pueden ser intercambiables por el de «mundo atlántico» si así lo prefiere el lector.

La estructura del libro responde a este planteamiento. En los primeros capítulos se analiza el mundo megalítico y el sustrato atlántico, atendiendo a sus características y a su proyección en el tiempo. Si nos hemos detenido algo más en ello es, justamente, porque partiendo del desconocimiento general existente sobre la España antigua, en este caso es más marcado aún. Posteriormente, se aborda la expansión de los grupos indoeuropeos y su impacto en la península, así como los procesos de interacción que dieron lugar a nuevas formas culturales. Los capítulos dedicados a los distintos pueblos prerromanos permiten observar esta diversidad en detalle, poniendo de relieve tanto los elementos comunes como las particularidades regionales.

El recorrido culmina con la conquista romana, entendida no solo como un episodio militar, sino como un proceso de transformación que actúa como punto de convergencia. La romanización no implica la desaparición de las tradiciones anteriores como tantas veces se nos hace creer, sino su integración en un marco más amplio que reconfigura las identidades y las formas de vida. En este sentido, la Hispania romana puede interpretarse como el resultado de una síntesis, en la que confluyen las distintas corrientes analizadas a lo largo del libro, con la añadidura de un mundo clásico cotidianizado.

Desde el punto de vista metodológico, esta obra se apoya en una combinación de fuentes arqueológicas, textos clásicos y estu-

dios historiográficos contemporáneos, pero no he querido saturar al lector con citas constantes y referencias omnipresentes. Dicho esto, resulta necesario reconocer las limitaciones inherentes a este tipo de análisis de realidades a veces tan remotas. El conocimiento sobre la Antigüedad es necesariamente parcial, y muchas de las cuestiones abordadas siguen siendo objeto de debate, lo que da lugar al planteamiento de multitud de hipótesis. Por ello, algunas de las interpretaciones propuestas deben entenderse como hipótesis de trabajo; fundamentadas, sí, pero abiertas a revisión. Esa labor correrá a cargo de los arqueólogos e investigadores, cuya incólume labor tantas veces cuesta que llegue al público interesado.

Al mismo tiempo, este libro asume que toda reconstrucción del pasado implica un cierto grado de interpretación. Dicha interpretación deviene muchas veces en mera especulación cuanto más nos alejamos en el tiempo. En lugar de ser un obstáculo, esta dimensión interpretativa constituye una herramienta que, utilizada con rigor —y sin ser este contrario al apasionamiento—, permite establecer conexiones, plantear preguntas y explorar posibilidades que van más allá de los datos disponibles de forma inmediata.

En última instancia, el propósito de esta obra no es ofrecer un relato cerrado, sino contribuir a una comprensión más matizada de la historia antigua de España, y por añadidura de la península ibérica. La etnogénesis no es un acontecimiento puntual, sino un proceso continuo, en el que intervienen múltiples factores y cuya comprensión requiere una mirada holística.

España, en su más remota antigüedad, y tal como se presenta en estas páginas, no es el resultado de una única tradición, sino el producto de una larga historia de encuentros. Encuentros entre pueblos, entre culturas, entre formas distintas de habitar y entender el mundo. En esa interacción constante reside, precisamente, la clave de su riqueza histórica.

Comprender ese proceso significa reconocer la complejidad de un pasado que, en muchos sentidos, sigue proyectándose sobre el presente y se encuentra cual reflejo en nuestros propios rostros.

1

AMANECE EN PONIENTE

Con el fin de la última glaciación no solo se transformó sustancialmente el paisaje del Occidente europeo, sino que cambió radicalmente el ulterior destino de los hombres y mujeres que lo habitaban. Según el glaciar retrocedía, en torno al 10 000 a. C., salieron a la luz tierras húmedas, fértiles y, por supuesto, desconocidas hasta entonces. Al menos si hablamos de su visión desnuda del hielo. Ese mismo hielo, que durante milenios había sepultado no poco del continente europeo, se retiraba ahora hacia el norte, liberándose así torrentes de agua que inundaron valles y llanos. El nivel del mar había subido más de cien metros, cambiando el aspecto de nuestro planeta para siempre.

Las costas atlánticas, que hasta entonces habían sido vastas praderas heladas señoreadas por mamuts o renos, se convirtieron ahora en una concatenación de estuarios, bahías y rías. La gran llanura que unía la hoy isla de Gran Bretaña con la masa continental, y que los geólogos llaman Doggerland, desapareció bajo las aguas del ahora mar del Norte. El Atlántico había ganado nuevo territorio aprovechando el vacío dejado por el hielo, y es que la naturaleza y sus fuerzas tienen *horror vacui*. Con ello, ofrecía el océano una nueva promesa. En torno a él, desde el sur de la península ibérica hasta Escandinavia, emergió un ecosistema ahora generoso, de temperaturas templadas y abundancia de recursos marinos. Era el escenario perfecto para que naciera una de las civilizaciones más singulares de la prehistoria: el Atlántico megalítico.



Blanco y Negro

REVISTA ILUSTRADA

AÑO VI | MADRID, 24 DE OCTUBRE DE 1896 | NÚM. 286

ESPAÑA VIEJA

LA CUEVA DE MENGA

A unos dos mil pasos de la histórica ciudad de Antequera, y á la izquierda de la carretera que conduce á Granada, existe uno de los monumentos célticos más notables con que cuenta nuestro suelo, tan rico en vestigios arqueológicos y en reliquias artísticas de otras edades.

Ilustres arqueólogos han hecho objeto de sus investigaciones al dolmen antequerino, conocido vulgarmente con el nombre de *Cueva de Menga*, considerándole todos en que es el más soberbio ejemplar de los templos druídicos existentes en España.

Puede calificarse de «dolmen complicado cubierto» encerrado en un «túmulo» semiesférico. Mide veinticuatro metros de longitud, y está formado por treinta y una piedras de dimensiones colosales: cinco de ellas sirven de techo, apoyadas sobre las veinte que forman los muros; dos sirven de jambas de entrada, y están perfectamente descubiertas y visibles en el grabado; el fondo de la cueva está formado por una piedra grande agujereada, y, finalmente, tres pilares grandes ayudan á sostener en el centro del monumento la colosal pesadumbre de la cubierta.

La entrada de este antiguo templo está situada al oriente, como cumplía la liturgia céltica, y la piedra mayor del monumento tiene, según cálculos, 27 pies de longitud, 25 de latitud y 4 y medio de espesor, 2.700 pies cúbicos de volumen, y 11.170 arrobas de peso.

Aunque la *Cueva de Menga* fué declarada «monumento nacional» hace algunos años, nada se ha hecho para su restauración, y hoy se encuentra en completo abandono.

Foto. remitida por D. Juan Barrera

El dolmen de Menga (Antequera, Málaga) en la portada de la revista Blanco y Negro del 24 de octubre de 1896, dentro de la sección *España vieja*. Fotografía enviada por D. Juan Barrera.

Durante muchos milenios, las comunidades humanas que habitaban el occidente de Europa habían sido cazadores- recolectores y nómadas en busca de las grandes manadas de animales y las latitudes con climas más agradables. Era una vida en constante movimiento, aunque cada cierto tiempo se retornara a los mismos sitios. Pero fue en el Mesolítico, en un proceso gradual que dura tres mil años, entre el 9000 y el 6000 a. C., cuando abandonaron ese modo de vida nómada y empezaron a sedentarizarse, construyendo refugios y asentamientos cerca de las costas y de los cursos de agua fluvial. En la desembocadura del Tajo, en el actual Portugal, los yacimientos de Muge y Cabeço de Amoreira nos dan

muestras de comunidades que ya no viven al compás de las migraciones de los animales, sino al ritmo de las mareas. Y empiezan a enterrar a sus muertos con herramientas, ofrendas y ornamentos como collares. Ya hay indicios de una sociedad que, a la vez que se asienta permanentemente, o cuasi permanentemente, tiene memoria comunitaria y conciencia de su propia identidad.

El océano se convirtió en mentor y, a su vez, en campo de pruebas. Si antes el hombre temía la vastedad del océano y su furia, ahora empezaba a dominarlo y señorearlo. La pesca, la recolección de marisco y el inicio de una navegación costera, de cabotaje, trajeron consigo una nueva fuente estable de alimentación y una facilidad de movimiento nunca conocida hasta entonces. Al principio las redes de intercambio eran meramente locales, pero, con el tiempo, se fueron creando redes que tuvieron un carácter regional. Ciertas piedras con fines ornamentales o constructivos, conchas o pigmentos varios, viajaban cientos de kilómetros en alta mar con fines estrictamente comerciales y de intercambio. Aunque en principio estas gentes desconocían la escritura, y carecían de mapas, habían empezado a conocerse, comerciar y compartir todo un mundo simbólico.

El Atlántico, lejos de ser la frontera del viejo mundo, se había convertido en una gran autopista acuática. El registro arqueológico ha sacado a la luz paralelismos sorprendentes entre la cultura material del sur de la península ibérica, de Bretaña e, incluso, de las islas británicas. Los pueblos costeros viajaban por toda la fachada oceánica generando un lenguaje visual y un estilo técnico común a todos ellos, y reflejado en la tipología cerámica, la técnica de la talla o ritos compartidos. Que sepamos, carecían de ejércitos y de palacios; de marcadas jerarquías y protoestados complejos. No obstante, el Atlántico se convirtió en una red cultural que, comunicando miles de kilómetros unidos por la costa, dio lugar a una civilización propia que, aunque aún de carácter paleolítico, no por ello no fue civilización.

Justo para esas fechas, en el 6000 a. C., el Mediterráneo oriental asistía a la gran revolución que la humanidad jamás haya

conocido: el descubrimiento y, sobre todo, asentamiento, de la agricultura. Los primeros campesinos del Creciente Fértil habían domesticado cereales, frutos y animales. Poco a poco fueron extendiendo su modo de vida hacia el oeste, ya fuese de forma pacífica o violenta, en busca de nuevas tierras fértiles para cultivar. Pero, a diferencia de lo ocurrido en el Mediterráneo, cuando la revolución llegó a las costas atlánticas —presuponemos que, primero, en el Atlántico ibérico—, su recepción fue distinta a la del resto del continente europeo. Es decir, en el litoral mediterráneo y la región danubiana. En lugar de reemplazar, o expulsar, a esos cazadores-recolectores que habían creado un modo peculiar de sedentarización y asentamiento, se hibridaron con ellos en situación de minoría.

Se trató de un encuentro interesantísimo por lo que tuvo de peculiar. Si la llegada del Neolítico al Mediterráneo trajo consigo marcadas jerarquías sociales, templos neurálgicos de la vida en común y densas aldeas que pronto devendrían en ciudades, en el caso atlántico se integró en un sistema comunitario preexistente, más disperso en poblamiento e igualitario en su plasmación social. Los pueblos costeros de la fachada atlántica hicieron suyo el cultivo de trigo y cebada. Empezaron a criar ovejas y cabras, ya fuese de forma extensiva o intensiva. No obstante, esto no fue óbice para que se continuara aprovechando —y de forma bastante solvente— con la pesca, la caza y la recolección. Este equilibrio de las tierras de cultivo y pastoreo con ecosistemas paleolíticos que se mantenían sin explotar dio lugar a una interacción más sosegada con un medio que no se llegó a dominar del todo. Es decir, que el nuevo modo de vivir no destruyó al anterior, sino que se fusionó con él, generando una realidad muy distinta a la que se vivía en el Creciente Fértil, donde el viejo mundo murió del todo, y la pugna era ahora entre pueblos agrarios y pueblos pastoriles, reservados estos últimos a los márgenes y periferias.

De esa hibridación nace una civilización original, con personalidad propia al margen de las grandes realidades neolíticas orientales. Es el mundo del Neolítico atlántico; es la civilización